

y fatal, no eleve un rayo celeste al infinito. El amor es el crisol donde se verifica la fusión del hombre y de la mujer; el sér uno, el sér trino, el sér finar; la trinidad humana sale de él. Ese nacimiento de dos almas en una, ha de ser forzosamente una emoción para la sombra. El amante es sacerdote, la virgen enagenada se asombra. Y algo de ese gozo llega hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir amor, entra el idealismo.

Un lecho nupcial es un fulgor de aurora en las tinieblas. Si fuese dado a la pupila de carne percibir las visiones, terribles y agradables de la vida superior, es probable que veríamos las formas de la noche, los desconocidos alados, los caminantes azules de lo invisible, inclinarse, en multitud de cabezas sombrías, alrededor de la casa luminosa, satisfechos, benditos, mostrándose unos a otros, a la virgen esposa dulcemente asombrada, y ostentando el reflejo de la felicidad en sus rostros divinos. Si en tan suprema hora, deslumbrados los esposos por el deleite, y creyéndose solos, escuchasen, oirían en su cuarto un aleteo confuso. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. La oscura y reducida alcoba tiene todo el cielo por techo.

Cuando dos bocas, consagradas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que sobre aquel beso inefable, no se realice un estremecimiento en el misterio inmenso de las estrellas.

Estas felicidades son las verdaderas. No existe el goce fuera de estos goces. El amor es el único éxtasis. Todo lo demás llora.

XXVI.—LA PROSTITUCION

La suprema miseria es siempre ocasión de obscenidades.

La prostitución es la esclavitud de los tiempos modernos que sólo pesa sobre la mujer.

La historia de una prostituta muchas veces significa la Sociedad comprando una esclava a la miseria.

LAS CREENCIAS

I

El cenobitismo es un problema humano.

Erigir un sentido de que carecemos en origen de verdad, es una razón de ciego.

La religión ha degenerado tanto, que la balanza que antes servía en Holanda para pesar brujos, en la actualidad, sirve para pesar quesos.

V. H.

I.—LA RELIGION

La religión no basta para aquel a quien atormenta la conciencia y no quiere arrepentirse, la memoria del mal que ha causado, por más que dé crédito a impotentes expiaciones, vive sin cesar en él, junto a la idea del mal que va a hacer, pues siempre acude a nuestra mente lo que se ha meditado largo tiempo, y el crimen cuando ha sido un deseo o una esperanza, se convierte así mismo en un recuerdo.

En el siglo XIX la idea religiosa está pasando por una grave crisis.

Las falsificaciones del pasado toman falsos nombres y se llaman a sí mismas porvenir.

Lo pasado tiene su fisonomía, la superstición; y un antifaz, la hipocresía. Denunciemos el rostro y arranquemos la máscara.

Tenemos el deber de trabajar en pro del alma humana, defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprendible y rechazar lo absurdo, no admitir como inexplicable más de lo necesario, sanear la creencia, separar la superstición de la religión, limpiar de gusanos la idea de Dios.

Dios manifiesta a los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos. Texto oscuro, escrito en una lengua misteriosa.

Son escasísimas las inteligencias que comprenden la lengua divina. Los hombres le traducen en seguida, y hacen traducciones apresuradas, incorrectas, llenas de faltas, de vacíos y de contrasentidos.

Las más sagaces, las más serenas, las más profundas, descifran lentamente; y cuando llegan con su texto, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública.

De cada traducción nace un partido, de cada contrasentido, una facción; y cada partido cree tener el único texto verdadero; y cada facción cree poseer la luz.

El cielo no desempeña el trabajo de los hombres; cada uno tiene su destino que cumplir y debe llenar su misión. Si el destino se muestra cobarde, a nosotros toca hostilizarlo con crudeza sin importunar al relámpago celeste, y para vencerlo debe contarse más con el rayo humano, que con un gran fenómeno del divino trueno.

Los libelistas de la Iglesia nos ofrecen a Dios en una diatriba, constituyendo por sí solos el sacerdote, el raire y el escriba, cada uno de ellos introduce un grito de sagnal en su credo, subraya su oración con un estoque, y puntúa sus oramus con mortífera bala. Su carne es flaca y su espíritu está pronto. Arrojan al acaso y a vanguardia la afrenta, así como el hisopo arroja el agua bendita. La sombría guardaña, según ellos, no va bastante aprisa y se les oye gritar al verdugo ¡holgazán! Les parece que la muerte necesita un suplente. La sangre acaba por producir efecto a los cretinos apoderándose el enternecimiento de esa clase de bipedos. Sin la espada (el mejor de los narcóticos) ninguna sociedad sale del paso. Así pues, lo mismo se puede ser escritor que trabucaire, se convierten en delegados del monarca, en vicarios del Papa, y en apoderados de la muerte, así como en embusteros, verdugos, perros de presa. Esos hombres ultrajan el llanto, la viudez, los sepulcros, blanquean los cuervos, ennegrecen las palomas, lapidan

una cuna protegida por un sudario, hieren a Dios en el pueblo y al niño en el abuelo, a los padres en los hijos, a los hombres en sus mujeres, creyéndose fuertes porque obran infamemente. El sangriento derecho divino, la horrorosa voluntad omnimoda, el vicio por sustan, el crimen por visir, para ellos el festín y las migajas para el pobre, la esperanza muerta, vuelta al terrible calabozo, he aquí su sueño dorado. Para ellos, las faltas de la humanidad son la Verdad, el Bien, lo Grande, lo Bello; su crimen consiste en la estrellada y profunda obra llamada Revolución, por medio de la cual renace el universo; esa segunda creación, que rehace al hombre después de Cristo, después de Cecrops, después de Japhet.

Si reinase el mal; si todo no fuera más que ruda labor; si tuviese que volver el pasado; si la negra agua vomitada fuese devuelta al hombre para beberla; si la noche pudiese afrentar al azul del firmamento; si nada fuese fiel ni seguro, Dios debería ocultarse avergonzado, la naturaleza sería una cobarde y lúgubre impostura, inútilmente resplandecerían las constelaciones.

A pesar de tantas edades terminadas la vieja ley de odio del género humano, es siempre la más fuerte, el evangelio constituye perennemente nuestra claridad, huye la luz del día, se desangra la paz, se ve proscrito el amor, y aun no ha sido esclavado Jesucristo.

El crucifijo, no representa otra cosa más que el asesinato de la sabiduría.

II.—EL SACERDOTE

El sacerdote no debe tomar nunca precauciones contra el prójimo. Lo que hace el prójimo, Dios lo permite.

La pesadilla del cura es la falta de dinero; un nido indigente espanta al santo que se escapa a toda prisa.

Un cura opulento es un contrasentido. El cura debe hallarse cerca de los pobres.

La primera prueba de caridad en casa del cura y en la del obispo, es la pobreza.

La verdadera caridad no consiste en dar, sino en comprender y perdonar.

III.—EL MONARQUISMO

Bajo el punto de vista de la historia, de la razón y de la verdad, el monarquismo queda condenado.

Los monasterios como institución y como manera de formar el hombre, fueron buenos en el siglo x, discutibles en el xv y son detestables en el xix.

Los monasterios cuando abundan en una nación, son obstáculos de la circulación, establecimientos embarazosos, centros de pereza, donde son necesarios centros de trabajo.

Las comunidades monásticas son a la gran comunidad social, lo que el murciélago es a la encina, lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y crecimiento significan la miseria del país.

El monaquismo es para la civilización, una especie de tisis. Detiene la vida. Despuebla simplemente.

IV.—EL CONVENTO

El convento es uno de los instrumentos ópticos dirigidos por el hombre a infinito.

Los conventos son condenados por la civilización y protegidos por la libertad.

El convento es una contradicción. Su fin es la salvación, su medio el sacrificio.

El convento es el supremo egoísmo dando por resultado la abnegación suprema. Abdicar para reinar. Es una comprensión que para triunfar del corazón humano necesita durar toda la vida.

El convento es un serrallo de almas reservado a Dios. La monja es la odalisca, el sacerdote el eunuco, el crucificado es el sultán.

Quien dice convento dice pantano.

El convento, particularmente el antiguo convento de mujeres, es una de las más sombrías concreciones de la edad media.

Los antiguos conventos de España son madrigueras de

devoción terrible, antros de vírgenes, lugares tenebrosos.

Nada prepara a una joven para las pasiones como el convento; el convento encamina el pensamiento a lo desconocido.

El corazón replegado en sí mismo, se socava no pudiendo dilatarse y se profundiza no hallando expansión.

De ahí provienen las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios enteros creados en la oscuridad interior del espíritu; sombrías y secretas moradas, donde las pasiones encuentran pronto donde alojarse, que luego abiertas las rejas, se les permite entrar.

V.—EL CLAUSTRO Y LA MONJA

El claustro es el punto de intersección de los terrores. Claustro es como castración.

En el claustro se sufre para gozar. Se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en noche eterna de luz celestial. Acepta el infierno, como herencia anticipada sobre el cielo.

La vida del claustro no es la vida, porque no es la libertad, no es la tumba porque no es la plenitud, es el lugar extraño, desde donde se descubre como la cima de una alta montaña, a un lado el abismo en que vivimos y al otro el abismo en que iremos a parar; es la estrecha y tortuosa frontera que separa dos mundos, iluminado y oscurecido a un tiempo por los dos; y donde se confunden el rayo debilitado de la vida y el rayo de la muerte; es la penumbra de la tumba.

En el claustro lo que se llama «El Gobierno» no es más que una intrusión en la autoridad, intrusión siempre discutible. Lo importante es la regla, en cuanto al Código ya se verá. Un príncipe no significa nada ante un principio.

Por más que no haya espejos en el claustro, las mujeres tienen conciencia de su fisonomía, y las jóvenes que se creen bonitas, no se dejan convencer fácilmente para ser monjas. La vocación voluntaria está en razón

inversa de la belleza, y por esto se espera más de las feas que de las hermosas.

El destierro de la mujer en el claustro es una especie de protesta.

La toma del velo o de la cogulla, es un suicidio que se paga con la eternidad.

La cogulla y el velo no son más que dos sudarios de invención humana.

La monja o claustrada, no piensa, no quiere, no ama ni vive. Sus nervios son huesos, sus huesos son piedras.

Para educar el alma de una joven, todas las monjas del mundo no valen una madre.

VI.—LA IGLESIA Y EL PAPADO

Esclavos y verdugos; vil montón de ceniza, con los héroes por tizones, paja que un soplo apaga y otro soplo enciende, acopio inmenso de generaciones que se para, que se extiende por un instante y luego se desliza por entre la humareda.

Apenas si queda de ello algo negro.

Sus jefes van sin plan, y sus dioses no tienen norma fija, solamente con nombrarles, su historia es ya disforme; al carro armado, de hoces cortantes sucede el cañón rugiente; tronos, hogueras, arcos triunfales; atrevidos pórticos de mármol tallado, bajo los cuales se levantan las estatuas ecuestres de Césares y emperadores, ante cuyos resplandores, se asombran los hombres. Flujo de libertad seguido de un reflujo de sombras; ruido y odio, tal es la humanidad. La vida es noche, sólo la muerte es lúcida; al ver su impotencia, el espíritu se hiere con su escalpelo.

Los sentidos dirigen a la razón llamamientos obscenos, el vicio, ese insaciable parásito, causa de mil tormentos imposibles de preconcebir, se adhiere en la carne. El mal tienta al espíritu, y el espíritu titubea. La conciencia está ahí para guiar al hombre en el debate, pero habla

tan bajo que parece tiene miedo, y es que mira la indignidad, que el hombre convierte en victoria.

Esos creyentes furiosos y obcecados por la razón, en los cuales han hecho presa las garras de la esfinge romana y sobre quienes pesa el cetro vil de los hombres-dioses, llamados pontífices, que toman con cinismo el dictado de infalibles, insulto horrible a cuanto bien oculto o patente existe en lo infinito o en lo eterno.

¡Infelices! no hay nada más triste que su ciega fe en la papista Roma. Roma, que durante el apogeo del águila, fué una atroz carnicería, bajo la cruz de Cristo es un vil mercado. ¿Cuál de entre Pedro o César es más feo? Al entrar en su agonía el imperio, Roma se dió al Papado. No hay historias más horrosas que las de esos infalibles.

Juan fué un vampiro cuyas mordeduras no sanaban nunca; el espectro de Calixto fué maléfico y hurano; Urbano hizo morir a cinco curas reventándoles las venas; Gregorio usó la tea; Sixto el hacha; Bonifacio tuvo prole con sus sobrinas; Borgia, en Gomorra fué balcón del vicio y escándalo; Félix fué desastroso; Simplicio fementido; Inocencio condenaba a los hombres a la hoguera y Clemente los pasaba a degüello; Pío fué mercader del templo; Julio escarneció el ejemplo de Cristo; las ansias, las pasiones, el orgullo, la ambición, la ignorancia, se han dado cita en la Ciudad, todo va a parar allí; la impudicia alterna con el perjurio, el dolor festeja a la codicia, la felonía, ya oculta, ya descubierta, hace alianza con el crimen y la disimulada hipocresía se concierta con el vicio.

Roma, complaciente mediadora, mercadera de almas, ríe y se prostituye con la liar en la frente, y mientras Bruto se extremece y se exaspera de furor, y el luto cubre el rostro de Trajano, ellos lanzándose a esa Babel y creyéndola Sión, lo adoran todo; concubinatos, turpitud, injuria, veneno, fraude, degüello, inquisición, santos, fantasmas, reyes, extasiado el corazón y altivos del yugo siniestro.

Y después de todo esto, tener que convenir que desde el valle al monte, la tierra es el destrozo de esa maldad que se llama religión, de esos curas sin bondad, sin razón ni piedad, cuyo horizonte no es más que sombra.

MIRABEAU SEGUN VICTOR HUGO

En el año 1781 entablábase en Francia un serio debate en el seno de una familia entre un padre y un tío. Tratóbase de un calavera de quien ya no sabía que hacer aquella familia. Fuera ya del primer período ardiente de la juventud, y sin embargo todavía sumergido enteramente en el frenesí de la edad más apasionada, abrumado de deudas, perdido de locuras, se había aquel hombre separado de su mujer, y arrebatando la de otro; había sido condenado a muerte y decapitado en efigie por este hecho, habiase fugado de Francia; y acababa de llegar de nuevo, enmendado y arrepentido, decía él, pidiendo entrar otra vez en su familia y volver a vivir con su esposa. Deseaba el padre esta concordia, esperando tener nietos y perpetuar su nombre, con la esperanza no obstante de ser más feliz como abuelo que como padre; pero el hijo pródigo tenía treinta y tres años. ¿Quién había de encargarse de enderezar la espina dorsal de un tal carácter? Originóse de ahí una gran controversia entre sus viejos e íntimos parientes. Quería el padre entregarle el tío, y el tío dejarlo al padre.

—Tómale, decía el padre.

—No: no, decía el tío.

—Demos desde luego por cierto, replicaba el padre, que este hombre nada vale, enteramente nada. Tiene gusto, charlatanismo, acción, turbulencia, atrevimiento, en el mando, ni duro ni odioso, y a veces tiene dignidad. Y bien, todo esto no sirve más que para poner de manifiesto su inconstancia, su imprevisión; niño papagayo, hombre abortado, que no conoce lo posible ni lo imposi-

ble, ni el bien ni el mal estar, ni el placer ni la pena, ni el reposo ni la acción, y que desde el instante en que las cosas resisten se embravece y se lanza. Pienso no obstante, que podría llegar a ser un excelente mueble tomado por el mango de la vanidad. Estoy seguro de que no se escaparía. Por mi parte no le escaseo los sermones.

—Héte aquí pues, contestaba el tío, merced a tu *manía* de posteridad, ocupado en regentar un pollito de treinta y tres años; cosa muy terrible es querer encargarse de tornear un carácter que se parece a un animal con muchas puntas y no ofrece asidero.

El padre insistía.

—¡Apiádate de tu sobrino! confiesa todas sus tonterías; pero es imposible tener más concepción y agudeza que él. Es un rayo para el trabajo y el despacho, bien mirado todo, no debes atender a la edad, y no es más raro ver a un hombre de sesenta y seis años como yo, aunque encanecido por las adversidades, lograr el cansancio de un joven con ocho horas de marcha y de gabinete, que el ver a un tonel hinchado y serio decir *papá* y no saber gobernarse. Tiene una inmensa necesidad de ser dirigido. El mismo lo conoce. Es necesario que le tomes a tu cargo. No ignora que siempre fuiste mi piloto y mi norte, y que debes continuar dirigiéndonos. Se envanece de ser tu sobrino. Te lo entrego.

—No, decía el tío; no ignoro que los sujetos de cierto temple saben por algún tiempo echarla de dóciles; y el mismo, cuando vivía a mi lado, se ponía como una tímida muchacha por poco que yo arrugase el entrecejo. Mas no quiero tenerle conmigo; ya no tengo edad ni de humor para luchar con lo imposible.

—¡Oh! ¡hermano! continuaba el anciano en tono de súplica, si esta criatura puede ser recosida, no puede serlo más que por tí. Tómale, sé para él bueno a la par que firme, y lo salvarás, y él será tu obra maestra. Que llegue a conocer que debajo un exterior severo y frío, habita el hombre mejor que jamás haya existido. Háblase al corazón: *tu es omnes spes et fortuna nostri nominis!*